

## IMÁGENES DE OLGA NOLLA

### En la Casa Georgetti

Eran los años sesenta del siglo que pasó. En la antigua mansión que fuera de Eduardo Georgetti, convertida en café-teatro, Diana Ramírez de Arellano de Nolla leía, con elevada entonación lírica, sus versos. Yo era un muchachón, que había intercambiado un libro primerizo por otros, bellamente encuadernados, de aquella poeta fina y elegante, de Mayagüez. “Iré a San Juan. Venga a la Casa Georgetti, tal día y a tal hora, para saludarlo”, me había escrito en una esquila de letra primorosa, y yo fui. Concluido el recital me dijo, “mi hija Olga escribe versos, debería conocerla, vaya al Cerro Las Mesas un día de estos”, y yo no fui. Pero imaginé un alado romance de poeta pobre con poetisa rica.

### En la Universidad

Corren los años setenta. Olga Nolla y Rosario Ferré publicaban la revista *Zona de Carga y Descarga*, que se voceaba en los pasillos de la Facultad de Humanidades de la Universidad. Salvador Villanueva, Pedro Juan Domínguez y yo, publicábamos, a la sazón, *Ventana*, y la voceábamos por los mismos pasillos. En una de las aulas del Departamento de Estudios Hispánicos, Angel Rama explicaba a Lezama Lima. Los poetas concurríamos. Olga y Rosario comenzaban a escribir sus versos más irreverentes. Salvador publicaba su *Poemas en alta tensión*, yo la *Suite Erótica*. Un día Olga, como antes la madre, me invitó a su casa, y fui.

### En el caserón de la calle San Francisco, viejo San Juan

Viejos óleos suntuosos. Muebles señoriales. Frondoso patio interior. La poeta posa. Tomamos un refresco de tamarindo. Comentamos versos. “Francisco, dijo, -tal vez otro nombre- vaya a buscar a los niños”. Y el criado, oscuro, como los de antes, marchó hacia el colegio. Un hombre sigiloso, en camisilla, con aire de Omar Sharif, sale de una habitación, saluda con frialdad. Era el marido.

### En el caserón de la calle Sol, viejo San Juan

Varios años después. Óleos viejos y suntuosos, y alguno de Nick



Quijano. Muebles señoriales. Frondoso patio contiguo. La poeta ríe, cocina el cordero, sirve el vino. Comentamos versos. No hay hijos ni marido. La poeta ahora escribe novelas, y versos deseantes. Está sola, entre sus amigos. Vive aferrada a la juventud de su larga cabellera.

### **En la Casona vieja, Condado**

Es miércoles. Ocho de la noche en el balcón de aquella casa noble caída en la desgracia de ser un restaurant. Olga toma cerveza, Manuel Martínez Maldonado, un whisky, Edgardo Rodríguez Juliá, un martini, yo tomo vodka y Halmar Flax, agua mineral. Es la tertulia nuestra de todos los miércoles. Hoy nos visitan Carlos Bousoño y su esposa boricua. Pedantón, el poeta profesor, insiste en que Manuel le explique si será posible alguna vez transplantar cabezas, cerebros. Olga ríe, con metálica risa inolvidable.

### **La vida, la vida**

Y así pasan los trabajos y los días. Olga publica sus novelas con Alfaguara. Cuenta, cuenta más historias de amor y desamor en sus poemas, siempre irreverentes. Vive la ilusión de la fama. La catapulta de lo femenino. Oculta su dolama silenciosa. Un día me llama, "estoy perdida, me dice, no sé cómo se llega a tu casa". Noel Luna y yo salimos al rescate, en mi auto. Somos los tres jurados de un premio de poesía, y urge el fallo. Y allí la vemos, insólita aparición, de pie, junto a la bomba de una gasolinera, en medio de la noche absoluta de la vieja carretera de Caguas a Río Piedras. Noel y yo reímos, presas de la gracia de su susto. Ahora sé que fue una premonición. Varios días después, Olga moría en Nueva York. El alado romance nunca se dio, sino algo mejor, mucho mejor, una entrañable amistad. - JLV